



Giselle: El Baile del Perdón Eterno

De Les Petit Rats

Esteban
Berlanga

"Para nuestros aprendices de Les Petit Rats.
La Fundación Esteban Berlanga inaugura esta biblioteca celebrando que la técnica más hermosa nace del alma. Que la historia de Giselle os inspire a transformar el rencor en redención, haciendo de cada movimiento un acto de amor."

(En este paréntesis cabemos todos)

EsteBan
(Danza)
(Arquitectura)
(Diseño)
(Pintura)
(Escultura)
(Medicina)
(Ciencias)
Berlanga
(Foundation)



En un valle recóndito donde el río Rin susurra leyendas antiguas, vivía una joven llamada Giselle. Para ella, bailar no era simplemente una afición, sino el latido mismo de su existencia. Poseía un alma luminosa que se manifestaba en cada uno de sus pasos, transformando la dura jornada de los vendimiadores en una expresión etérea de esperanza.



Sin embargo, tras su sonrisa se escondía una vulnerabilidad profunda. Giselle tenía un corazón tan delicado como el cristal, amenazado por una salud frágil que la mantenía siempre al borde de la sombra. Su madre, Berther, la observaba con una mezcla de orgullo y temor, intentando protegerla de cualquier esfuerzo que pudiera apagar su luz para siempre.



Un día, al pueblo llegó un joven forastero llamado Loys. Su sencillez cautivó de inmediato a Giselle, pero tras su humilde apariencia se ocultaba un secreto: él era en realidad Albrecht, el Duque de Silesia. Buscando escapar de las asfixiantes ataduras de la corte y del peso de su título, se había disfrazado de campesino para conquistar el corazón de la joven.



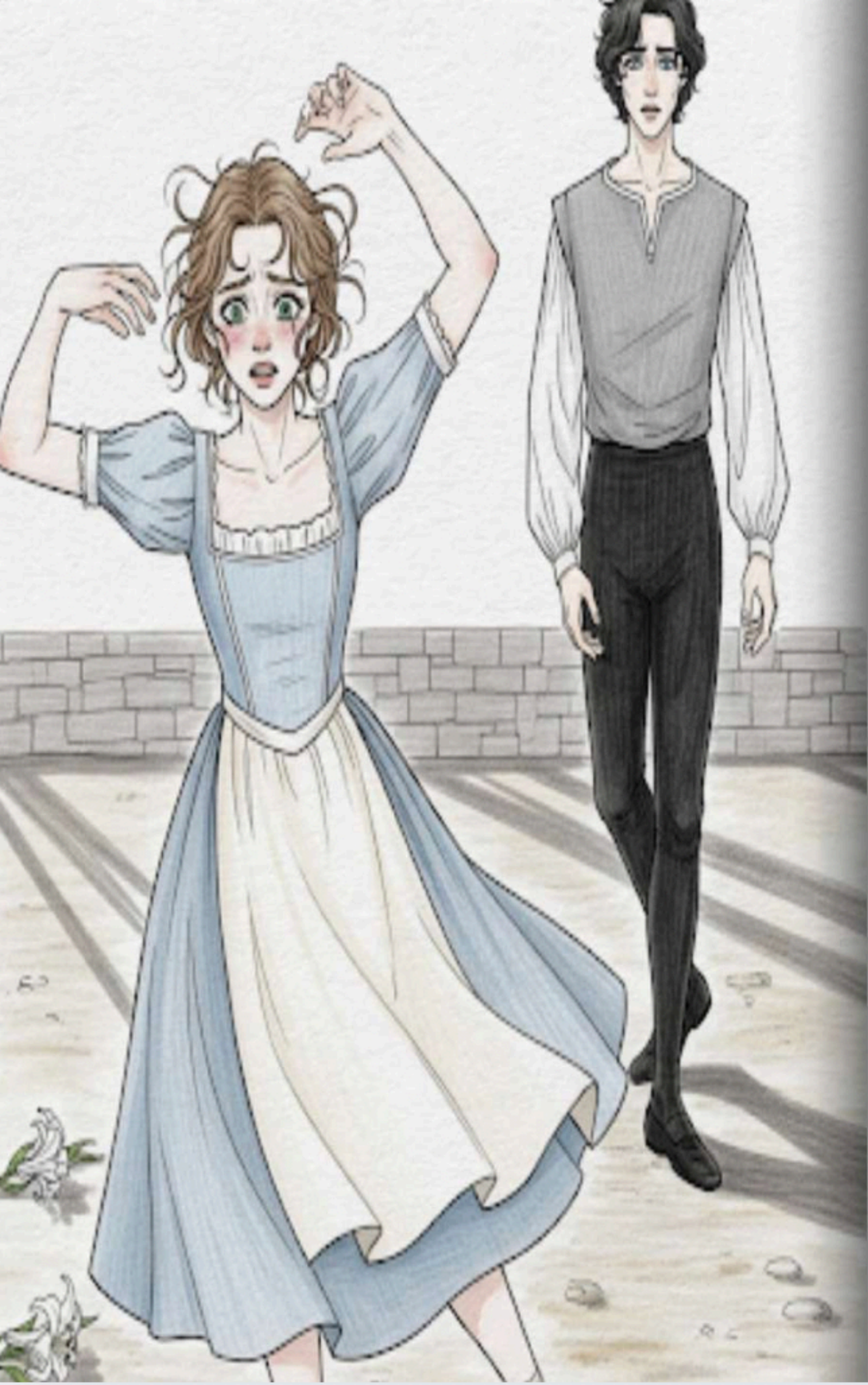
Entre risas y confesiones, Giselle tomó un lirio blanco para interrogar al destino. Deshojaba los pétalos con devoción, buscando en la flor un eco de sus propios sentimientos: "me quiere, no me quiere". El lirio, símbolo de pureza, parecía advertir sobre la fragilidad del compromiso. Albrecht, para calmar las dudas de la joven, le juró un amor eterno.



No todos celebraban este nuevo amor. Hilarión, el guardabosques, observaba desde la espesura con el corazón nublado por los celos. Impulsado por la desconfianza, irrumpió en la cabaña de Loys y descubrió una espada ducal grabada con insignias de poder. Aquella arma era la prueba definitiva de que el humilde campesino era un noble enmascarado.



La calma de la aldea se rompió con la llegada de la corte real. Entre los nobles se encontraba Bathilde, una princesa de elegancia imponente y prometida de Albrecht. Al conocer a Giselle, Bathilde quedó prendada de su dulzura y, como gesto de afecto, le entregó un collar de perlas, uniendo a ambas mujeres en un destino trágico.



El velo del engaño cayó cuando Hilarión reveló la verdadera identidad de Albrecht ante todos. Al ver a su amado junto a su prometida Bathilde, la razón de Giselle se quebró en mil pedazos. Su mente se perdió en un torbellino de recuerdos y su danza se volvió errática. Incapaz de soportar la traición, su frágil corazón se detuvo para siempre.



La noche envolvió el cementerio del
bosque, donde la niebla danza
perpetuamente entre las tumbas
olvidadas. Allí habitan las Willis,
espíritus de novias traicionadas que han
regresado del más allá buscando
venganza. Bajo la luz de la luna, estas
sombras blancas son lideradas por la
implacable Myrtha, quien vigila el
bosque con mirada gélida.



Hilarión fue el primero en sufrir la ira de los espíritus. Atrapado en el círculo gélido de las Willis, fue obligado a danzar hasta el fin. Myrtha dirigía el ritual con autoridad, asegurándose de que nadie escapara de su justicia sombría. El guardabosques, agotado, desapareció en la oscuridad, víctima del rencor que las Willis guardaban en sus pechos.



Albrecht, consumido por el remordimiento, llegó a la tumba de Giselle en la profundidad del bosque místico. Llevaba consigo lirios blancos, las flores que ahora simbolizaban su penitencia y el perdón que tanto anhelaba. La capa oscura que vestía pesaba tanto como su culpa mientras se arrodillaba ante la cruz de piedra, buscando rastros del alma que su engaño destruyó.



Al despuntar el alba, el poder de las Willis se desvaneció. Giselle, habiendo transformado el rencor en redención, comenzó a fundirse en la neblina matutina. Su alma, ahora en paz, se despedía para siempre. Albrecht quedó solo, pero con el corazón transformado por la joven que le enseñó que el perdón es el único camino hacia la paz eterna.